

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA Y LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

47-48

JULIO-DICIEMBRE

1952

IMPRENTA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. LUIS GARRIDO

Secretario General:

DR. JUAN JOSÉ GONZÁLEZ BUSTAMANTE

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. SAMUEL RAMOS

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

DIRECTOR:

Salvador Azuela

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país \$ 11.00

Exterior Dls. 2.00

Número suelto . . . \$ 3.00

Número atrasado . . . 4.00

S u m a r i o

ARTICULOS

	Págs. —
Juan David García Bacca	<i>Las ideas de ser y estar; de posibilidad y realidad en la idea del hombre, de la filosofía actual</i> 9
Samuel Ramos	<i>El pensamiento de John Dewey</i> 41
Ramón Xirau	<i>John Dewey y la experiencia estética</i> 51
Adolfo Sánchez Vázquez	<i>Humanismo y visión de España en Antonio Machado</i> 61
Eduardo Luquín	<i>José Enrique Rodó</i> 79
Agustín Millares Carlo	<i>Juan Ruiz de Alarcón en la Biblioteca Nacional de Madrid (siglos xvii-xviii)</i> 117
Oswaldo Robles	<i>En torno al De Anima de fray Alonso de la Vera Cruz</i> 135
Francisco Guerra	<i>Las ideas médicas de fray Alonso de la Vera Cruz</i> 161
Julio Jiménez Rueda	<i>El centenario de don Rafael Delgado</i> 175
Francisco Monterde	<i>Trayectoria de Rafael Delgado, como cuentista</i> 183
Juan A. Ortega y Medina	<i>El problema de la conciencia cristiana en el Padre Hidalgo</i> 193
Justino Fernández	<i>Los dos Hidalgos de Orozco</i> 213
Juan Hernández Luna	<i>Hidalgo en la conciencia de los liberales</i> 223

	Págs.
Roberto Ramos	<i>Libros que leyó el señor don Miguel Hidalgo</i> 233
Pedro Rojas Rodríguez	<i>El mundo económico de Hidalgo</i> 247
Xavier Tavera Alfaro	<i>Hidalgo y "El Despertador Americano"</i> 259
Sergio Fernández	<i>El mensaje del Periquillo en el momento de la Independencia</i> 275

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

José Gaos	<i>Leibniz zu seinem 300. Geburtstag</i> 287
Vera Yamuni	<i>Los principios de la Ontología Formal del Derecho y su expresión simbólica.</i> (Eduardo García Máynez.) 294
Margarita Nelken	<i>Historia social y política de Alemania. Historia de España.</i> (Antonio Ramos-Oliveira.) 300
Ferrán de Pol	<i>André Gide: The Ethic of the Artist.</i> (Lawrence Thomas.) 307
Manuel Mendoza Sánchez	<i>El mito de la nueva cristiandad.</i> (Leopoldo Eulogio Palacios.) 310
José Almoina	<i>El pensamiento mexicano en los siglos XVI y XVII.</i> (José Ma. Gallegos Rocafull.) 315
Eli de Gortari	<i>Lógica. Teoría de la investigación.</i> (John Dewey.) 319
Jesús Zamarripa Gaitán	<i>La poesía.</i> (Johannes Pfeiffer.) 323
Ismael Diego Pérez	<i>El Cid Campeador.</i> (Ramón Menéndez Pidal.) 327
Laura M. de Manzano	<i>El peligro de la libertad intelectual.</i> Tercer Congreso Interamericano de Filosofía. Mesa Redonda de la UNESCO 333
J. H. L.	<i>Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras</i> 337
Registro de revistas	345

EL MUNDO ECONOMICO DE HIDALGO

Para hacer referencia al mundo económico de ciertos hombres, ante todo es conveniente hacer abstracción de posiciones ajenas a ellos y desde las cuales pueden contemplarse las cosas con otros ojos que los suyos, puesto que si bien puede ser cierto aquello que desde otro punto de vista se revele estar formando la textura de su existencia, también lo es que si no ha tenido relevancia para ellos, en esa medida ha carecido de las condiciones necesarias para que se considere que forme parte de su mundo: ha sido una realidad en todo caso inoperante, ineficaz, marginal a las categorías que explican un momento histórico.

De acuerdo con esto, es importante subrayar que el mundo económico de Hidalgo y de sus contemporáneos mexicanos, está formado por sus actividades productivas y cambiarias ante todo, y en segundo lugar, por lo que llamaríamos las preocupaciones concretas que les provocaría el estado y las dificultades de esas actividades. Otros posibles factores de actividad que por su falta de presencia no podrían originar la acción de que serían susceptibles, y de este modo no se les podría reputar de elementos del mismo, podemos conocerlos pero no incluirlos en su mundo.

Las actividades económicas que servían de sustento a la sociedad colonial, a las cuales los economistas han llamado por una parte, economía autosuficiente, y por otra parte, mercantilismo, se podrían describir de la manera que es bien conocida, y que representa las estadísticas o las informaciones, sobre calidad, cantidad, relación y modalidades de las mismas. Esas actividades se venían desarrollando de manera normal de muchos años atrás, siendo alterado su ritmo de tarde en tarde por las consecuencias que llegaban a través de los mares, de las actividades en crecimiento, por las potencias europeas. Pero con la invasión francesa a

España, esa normalidad se rompió y llevó a la crisis al enorme imperio español.

Los reflejos de esa crisis vinieron a tomar cuerpo en la Nueva España y desataron el interés por las cuestiones económicas de una manera activa. El mundo de Hidalgo revolucionario es precisamente el de estos momentos. Yo invito a ustedes a examinarlo brevemente a través de las manifestaciones que produjo su existencia en dos formas representativas: la de don Miguel Hidalgo y la de la diputación a las Cortes de Cádiz.

Un bando del Generalísimo don Miguel Hidalgo y Costilla, publicado en Guadalajara el 29 de noviembre de 1810, definió en forma tajante cual era la primera providencia que la gran sublevación armada debía tomar para realizar la libertad de un pueblo sometido al régimen colonial. "Desde el feliz momento en que la valerosa nación americana tomó las armas para sacudir el pesado yugo que por espacio de tres siglos la tenía oprimida, uno de sus principales objetos fué extinguir tantas gabelas con que no podían adelantar en fortuna..." Por de pronto, había que declarar abolidas las leyes de la esclavitud y las de las cartas del pago de tributos por las castas, reducidos los porcentajes de las alcabalas, derogada la obligación de emplear papel sellado en los instrumentos legales, libres la fabricación de pólvora y el cultivo del tabaco. Pocos días después, con fecha 6 de diciembre, se confirmaba ese bando con otro de una más concisa redacción. Por instrucciones del generalísimo, ya en Valladolid, días antes, se había expedido esa declaración propalándola entre el pueblo por letra de copista.

Por esos mismos días, el 5 de diciembre, otro bando del señor Hidalgo mandó "a jueces y justicias del distrito de Guadalajara, que inmediatamente procedieran a la recaudación de las rentas vencidas hasta el día, por los arrendatarios de las tierras pertenecientes a las comunidades de los naturales, para que enterándolas en la Caja Nacional se entregaran a los naturales las tierras para su cultivo, para que en lo sucesivo no pudieran arrendarse, pues era su voluntad que su goce fuera únicamente de los naturales en sus respectivos pueblos..."

Con esos bandos, la lucha política, de porvenir incierto, desencadenaba de un modo seguro, la revolución económica. El decreto de la libertad para los esclavos, incluso con la sanción de pena de muerte para los propietarios remisos, se dirigía a satisfacer un clamor de la naturaleza, de un modo ingente, imperioso. Los negros esclavos trabajaban en las hacien-

das y plantaciones, calculándose en unos 6,000, que en caso dado, servían a sus amos no sólo para esas labores sino para formar milicias adictas. Al ser liberados, dejaban de ser enemigos para los insurgentes y además, se transformaban en jornaleros. La derogación o por lo menos el alivio de los tributos, hacían de la vida de las grandes masas populares, algo más llevadero para sus presupuestos. El empleo del papel común para el trámite de negocios judiciales, expeditaba y hacía más accesible la justicia. Finalmente, la libertad para el cultivo del tabaco, venía a dar animación a grandes regiones en que había sido prohibido, tales como las de la Intendencia de Guadalajara, que después de gozar de gran florecimiento, languidecieron al conceder el visitador Gálvez, en 1764, exclusividad a las zonas veracruzanas de Orizaba y Córdoba, Huatusco y Zongolica.

Y las tierras de indios, sustraídas a las normas del derecho común por los protectores de naturales, los reyes de España, poseídas por aquellos bajo una modalidad en el orden de los privilegios, que las hacían un mundo aparte y en cierta forma preferente al de los demás súbditos de la Corona, con Hidalgo también tuvieron una relevancia de primer orden, viéndose persistir en el último de los bandos que hemos mencionado, la preocupación tutelar por los indígenas, devolviéndolos al goce pleno de sus tierras. Con esta medida, dirigida a perpetuar el arraigo de los campesinos indígenas a las tierras de nacimiento o bien a las que les correspondieran por derecho de fundo cuando los labradores reunidos en algún lugar llegasen y sobrepasasen a cierto número, se mantenía o renovaba la tradición española de considerar a los naturales americanos siervos de gleba de los monarcas metropolitanos. Ahora se abrirían para ellos nuevas fuentes de derecho que sin embargo, del cambio de los tiempos, los conservarían en los moldes de ese estatuto tutelar. Cambiaría el titular de la soberanía, pero persistiría a pesar de rudas embestidas, la idea de la sujeción de los campesinos indígenas a la tierra, la prohibición para enajenarla, empeñarla o alquilarla libremente, y por último, la disposición y la preferencia para dotarlas de ellas. Hidalgo puso su parte en esta obra, al disponer que el "goce de las tierras fuera únicamente de los naturales en sus respectivos pueblos".

Las reivindicaciones populares iniciadas por Hidalgo sólo pueden considerarse como las más urgentes de las indicaciones, de que la revolución de independencia entrañaba una serie infinita de liberaciones económicas. La Nueva España había venido siendo un dominio absoluto de

los reyes españoles, sin ser reconocido otro derecho a los moradores, que aquel que emanaba de los monarcas por título de privilegio. El trabajo y la propiedad, dependían de las modalidades y restricciones que imponían los soberanos a sus súbditos. Una población de unos 5.832,000 para 1803, de los cuales 2 millones y medio eran indígenas, y unos 70,000 eran españoles peninsulares, componían la Nueva España. El rey con su corte y los mercaderes primero de Sevilla y después de Cádiz, explotaban sin impedimento alguno, a la población colonial. La colonia se aprovisionaba de mercaderías que no podía producir, mediante los comerciantes españoles que en Cádiz, en Veracruz y México, se combinaban para introducirlas y para imponerles elevados precios, del mismo modo que lo hacían con las mercancías que se exportaban por su conducto, el único posible. De este tráfico, el rey obtenía las jugosas alcabalas y los derechos de aduana. Por lo demás la economía colonial estaba supeditada en absoluto, a estas dos materias: primera, la producción de elevadas y seguras rentas para mercaderes, mineros y Corona; segunda, la producción del mínimo de aprovisionamientos necesarios para los consumos locales. De la primera todos conocemos la gran cuantía de lo que iba a parar a manos del gobierno, gravando la producción de metales finos, que venían a dar al monarca su mejor renglón de ingresos coloniales, sin que ello quisiera decir que despreciara la explotación de otros tan importantes como lo fueron el estanco de tabaco, las alcabalas interiores, los tributos de indios para la capitación, en fin, los derechos de pulquería, los aduanales, la pólvora, los correos, los naipes, la lotería, la mesada eclesiástica y la media annata de empleados, el papel sellado, el asiento de gallos, el estanco de nieve, los arrendamientos de salinas, la Bula de la Cruzada, y hasta la cuota por la expedición de títulos de nobleza. Mas de 20.000,000 de pesos fuertes anuales eran recaudados por las Cajas reales y de ellos entre 7 y 10 millones iban a parar a las arcas de la Corona. De la segunda, también es sabido que sobre la base de una producción básica de maíz y de algunos cultivos más, sumados a las restringidas y reglamentadas producciones de los artesanos, se realizaba una cerrada economía regionalmente autosuficiente.

La diputación de América y Asia a las Cortes de Cádiz, en abril de 1811, logró la discusión de un cierto número de puntos de vista acerca de la libertad del comercio, puntos de vista que encerró en 11 proposiciones revelando la misma urgente necesidad de abrir paso a libertad económica.

Sin embargo, esa diputación no buscó un estatuto para todos los americanos, puesto que la libertad de comercio quedaba circunscrita a eliminar las trabas impuestas a la vida económica colonial y no a realizarla con relación a todas las trabas existentes para los diversos estamentos que formaban la sociedad colonial. Así, no faltó escritor, —Cancelada—, que les atacase en pasquines, diciendo que los criollos, sobre no entender nada de comercio, eran los autores de los despojos a las posesiones de los indios. ¿Qué pretendían obtener esos criollos de las deliberaciones y acuerdos de las Cortes? Desde el 16 de diciembre de 1810 habían formulado las 11 proposiciones que encerraban la plataforma de reivindicaciones. La parte económica propugnaba porque "los naturales y habitantes libres de América pudieran sembrar y cultivar cuanto la naturaleza y el arte les proporcionaran en aquellos climas, y del mismo modo, pudieran promover la industria manufacturera y las artes, en toda su extensión. Enseñada, porque las Américas gozaran de la más amplia facultad de exportar sus frutos naturales e industriales, para la Península y naciones aliadas y neutrales, y se les permitiera la importación de cuanto hubieran menester, bien fuera en buques nacionales o extranjeros, quedando habilitados para ello, todos los puertos de América. También querían que hubiera un comercio libre entre las Américas y las posesiones asiáticas, quedando abolido cualquier privilegio que se opusiera a esta libertad. Deseaban que se estableciera igualmente la libertad de comerciar entre todos los puertos de América y de las islas Filipinas, con lo demás de Asia, cesando también cualquier privilegio en contrario. Buscaban que se alzara y suprimiera todo estanco en las Américas, —aunque— indemnizando al Erario Público de la utilidad líquida que percibiera en los ramos estancados por los derechos equivalentes que se reconocieran sobre cada uno de ellos. La explotación de las minas de azogue, proponían fuera libre y franca a todo individuo, y que la administración de sus productos quedara a cargo de los tribunales de Minería con inhibición de los virreyes, intendentes, gobernadores y Tribunales de Real Hacienda. Por último, pretendían que los americanos así españoles como indios, y los hijos de ambas clases tuvieran igual opción para toda clase de empleos y destinos, así en la Corte como en cualquier lugar de la monarquía y fueran de carrera eclesiástica, política o militar.

Los diputados por Querétaro y por Durango, respectivamente, don Mariano Mendiola y Juan José Guereña, en las fundadas peticiones que

hicieron a las Cortes en 15 de septiembre de 1811 y 9 de junio de 1812, el primero abogando por que se permitiera la siembra de tabaco en la región de Tepic y el segundo porque se formaran sociedades económicas para el fomento de la agricultura, de la industria y del comercio, coinciden en sostener contra lo acostumbrado por el derecho español, el reconocimiento de la libertad para la agricultura, razonando no sólo con el argumento de que la libertad económica atrae un enriquecimiento y multiplicación de las naciones, sino con otros más especiosos y realistas. Observan que la organización económica impuesta por el sistema de licencias y privilegios, característico del coloniaje, sólo conduce a la explotación unilateral de las riquezas en los dominios. Que esa explotación unilateral reduce las existencias de recursos monetarios en las posesiones españolas, no dándoles oportunidad de producir mercaderías ni de venderlas, para hacer con ello, un mayor y más equilibrado consumo de las que ofrecía el comercio español. En resumen, veían en la fuerte tributación que se llevaba la Corona, y en las desmesuradas tasas de beneficios que obtenían los comerciantes españoles que ejercían el monopolio para los aprovisionamientos de las Américas y para las adquisiciones de sus productos, un sangramiento y una ruina, puesto que tan exorbitantes sustracciones no compensaban a las balanzas de pagos de las naciones. Entendían que sólo el trabajo aplicado a la producción de aquellos materiales que permitía cultivar o extraer la tierra, podía sostener la existencia humana, pero que las exigencias más modestas de esa existencia civilizada, imponían la necesidad del comercio y la compensación en los cambios. El diputado Mendiola, queriendo arrancar una pequeña concesión a las remisas Cortes españolas, la de que se permitiera siquiera el cultivo del tabaco en Compostela y Tepic, ya que era más difícil abolir el monopolio del estanco, afirmaba que era un "principio de economía y política necesaria que a cada una de las provincias se proporcionara, o cuando no, que no se privara a lo menos de las fuentes que la pudieran corresponder en algún género de comercio activo, por donde lograra la introducción del numerario o contrapesara en alguna manera su extracción". El diputado Guarena promoviendo la autorización para que se formasen en los dilatados dominios americanos, las diputaciones provinciales, que se habían de encargar de fomentar la agricultura, la industria y el comercio, protegiendo a los inventores de nuevos descubrimientos en cualquiera de esos ramos, según rezaba el artículo 355, apartado quinto, de la Constitución de Cádiz pro-

mulgada el 2 de mayo de 1812. Estas actividades atribuidas a las juntas provinciales, vendrían a extender los beneficios de los estudios científicos, de las nuevas técnicas y de las máquinas, a todos los países españoles, al modo como ya los habían recibido de distinguidos científicos peninsulares y de expertos extranjeros, las sociedades, de Madrid, Sevilla, Valencia, Guadalajara, las Vascongadas, las de Toledo, Segovia, Avila, Talavera, etc. Había que autorizar la formación de sociedades científicas y educativas que fueran a dar auxilio a los labradores, artesanos, comerciantes y mineros, inspirando no sólo una revolución paulatina en la viciada economía tradicional, sino la repoblación de parajes abandonados por ingratos y la colonización de las extensas partes deshabitadas de las Californias y las provincias internas. Este diputado asoció su proposición, a consideraciones generales que revelaban cuales eran las medidas que se venían tomando y cuales las que se anhelaban conseguir, para remover el cúmulo de trabas y de exclusiones que por el derecho español se traducían en impedir el desarrollo burgués y liberal de toda la nación formada por España. Decía que después del memorable decreto de las Cortes de 9 de febrero de 1811, la agricultura de ultramar, industria y artes, habían recibido toda la extensión que "podía franquearles una mano liberal", las sociedades tenían ya donde apoyarse para especular en las muchas mejoras de que eran susceptibles y que habrían de influir con ventajas comunes para entre ambas Españas. Ahora América podría surtir de materias primas a la metrópoli o a unas para otras de sus partes, cultivando especies tales como cáñamo y lino, algodón y trigo, plantas medicinales y seda; renovando los decaídos esmeros por la grana, el añil y el cacao; podría la Nueva España ir supliendo los mercados locales con mantenimientos hasta entonces descuidados, tales como el café, la patata, los vinos y aguardientes. Con la liberalidad manifiesta con el decreto de Cortes fechado a 16 de abril de 1811, declarando que sería absolutamente libre en todos los dominios de Indias, para los súbditos de la monarquía, el buceo de perla y la pesca, y que el negociante que descubriése algún artículo de tráfico de aquellos países quedase igualmente libre de derechos en su extracción e introducción en otros parajes y puntos del mar Pacífico, este diputado ya proyectaba el establecimiento de compañías de pesca en San Blas y las Californias, pensando en la posibilidad de exportar desde estos puntos, la peletería para Cantón, y maderas, brea, alquitrán y jarcia de maguey, hacia Lima, trayendo de uno y otro de

tan apartados lugares, entre otros frutos, azogue para los trabajos de las minas novohispanas.

Visto este imperioso deseo de romper con la vieja estructura cerrada de la economía española, para transformarla en un sentido liberal y burgués, haciendo cambiar el propósito fundamental de los colonialistas españoles consistente en apoderarse por todos los medios posibles de las mercaderías preciosas por excelencia el oro y la plata, durante el período de transición mundial de la economía feudal a la economía burguesa, podemos ahora considerar que con la independencia y no propiamente con una reforma liberal en todo el imperio español, era con lo único que se podrían anular las innumerables trabas que dificultaban ese tránsito, porque no tenían otro objeto que absorber los metales preciosos. A cambio de esto se habían cerrado las puertas a todo progreso, y se había clausurado la colonia a todo contacto con el mundo. Los americanos sabían que los galeones eran los conductores de la opulencia para la España mercantilista y el derroche incontestable para el Rey y cortesanos y que simultáneamente, eran portadores de la reducción a la inopia y a la desesperanza perpetua para los súbditos. Contra el saqueo de las riquezas del subsuelo que entregaba en años de normalidad en la explotación, por los últimos del XVIII, 22.000,000 de pesos en plata y unos 44,000 pesos de oro, y contra la explotación del trabajo de los productores de artículos de exportación o industrialización, que se efectuaba, pagándoles miserables cantidades por sus mercaderías para después venderlas a muy elevados precios, o bien, contra la imposición forzosa de malas mercancías a precios exorbitantes, tanto en los mercados donde se enrarecían premeditadamente, como en los actos de rapiña que ejecutaban los mercaderes o funcionarios españoles distribuyendo a los indios de las regiones que tenían concedidas, artículos sobre innecesarios, cobrados a precios fabulosos; contra esto, es que habían venido a ser dirigidas las proclamas de Hidalgo y poco después los argumentos y las mociones de los diputados americanos ante las cortes de Cádiz, dos hechos que podemos considerar acotados dentro de un mismo horizonte.

Sin embargo, a excepción hecha del decreto de abolición de la esclavitud, inspirado en la más humana de las actitudes, rescatando de la condición de cosa a los trabajadores negros, contra las conveniencias del jugoso tráfico relizado sobre sus personas por armadores ingleses y españoles, todas las demás providencias que procuraban poner en vigor insurgentes

o diputados a Cortes, tenían apenas si los rudimentos de una transformación profunda de un modo económico tan sofocante como incomprometido. Todo el siglo pasado costó a los mexicanos el ir entendiendo qué significado tuvo el régimen colonial y qué medidas aconsejaba el liberalismo burgués, para transformar a los restos de lo que fuera la Nueva España, en una Nación burguesa. Para 1810 la lucha contra el coloniaje económico apenas se veía dirigida contra las trabas particulares al desarrollo de las labores destinadas al comercio de tipo capitalista, no desarrollado, y también contra las excesivas gabelas y las estrecheces de los conductos para las mercancías que representarían a ese comercio. Diríamos con Marx, que para que los buenos ideales ingenuos de aquellos libertadores, hubieran podido ponerse en camino, habría sido necesario luchar victoriosamente contra el régimen feudal y sus irritantes privilegios, y contra los gremios y trabas que estos oponían al libre desarrollo de la producción y a la libre explotación del hombre por el hombre. Aún realizando esto, todavía se estaría lejos de alcanzar las formas capitalistas de producción. Estas requieren mucho más que la acumulación originaria de capitales. El capitalismo se realiza ahí donde expropia a los productores de los medios de producción y sin embargo, estos se mantienen en la condición de hombres libres. Para el capitalismo es tan necesario como el incremento del dinero, medios de producción y mercaderías destinadas al consumo, todos de propiedad privada, el que existan obreros libres cuya única propiedad sea su fuerza de trabajo. Esto, se comprenderá, estaba muy lejos de hacerse presente.

Por 1810, la Nueva España no soñaba siquiera con la abolición o la destrucción de las cadenas que sujetaban a las grandes masas de campesinos, a la gleba indiana. Tampoco se había iniciado siquiera el proceso de disolución de los gremios y por lo tanto la sustracción de los artesanos a las ordenanzas que subordinaban a oficiales y aprendices, a los estatutos que imponían estrechas normas al trabajo y a la cantidad y calidad de los productos. En realidad, para esos años próximos al de 1810, vinieron a entrenchocar poderosas formas de vida feudal, con el obtuso mercantilismo del gobierno español y asimismo con las ideas y los anhelos desbordantes de los criollos y sus partidarios, dispuestos a conquistar la prosperidad y la libertad burguesas al contagio de los ideales victoriosos en la Francia, Inglaterra y los Estados Unidos.

Hemos visto a dos tendencias del criollismo, esbozando y también propugnando versiones distintas de la libertad. Una de ellas trazada con caracteres grandiosos y heroicos, puesto que se lanzó a transformar una situación cuyos amplios y complicados confines no pudo determinar y sin embargo, quiso revolucionar con la mayor decisión y espíritu de violencia y sacrificio. Otra, infinitamente mas minuciosa y sobre de ello, claramente mezquina, buscando reformas legales provechosas a la economía de los americanos pudientes, sin complicaciones separatistas y sin violencias ni esfuerzos ofensivos. Las dos tendencias estaban arraigadas en un mismo mundo económico, y si lo disfrutaban y cultivaban de manera análoga, en cambio lo querían resolver de modo opuesto.

El mundo económico que los diputados a las Cortes de Cádiz querían reformar, se limitaba a la esfera de ciertos negocios comerciales y agrícolas con cuyos productos se prometían jugosas ganancias. No entraban en sus cuentas más que los conceptos de los cuales tenían la experiencia de haber visto producir beneficios a los peninsulares.

En el cuadro de sus proyectos de reforma no entraban mas que aquellos renglones que les estaban vedados o les eran prohibitivos, y que se les habían venido a revelar no sólo como explotables sino además, como alcanzables para ellos y ni siquiera sólo de este modo desnudo, sino como proyectos necesarios para el progreso y para la utilidad más sensata. La base de sustentación de los criollos a quienes representaban, al lado de estas reformas, permanecería en condiciones análogas a las existentes en el período anterior al de las conmociones causadas por la ocupación de España por los franceses.

Esa base económica fué la misma para Hidalgo y tan tipificada, que basta recordar como vivió y realizó proyectos y anhelos residiendo en la región quizá más criolla de la Nueva España.

A este mundo económico lo quiso revolucionar Hidalgo, drásticamente. Los decretos sobre la libertad económica y la libertad de los esclavos, pueden considerarse como disposiciones de carácter reformista. Pero en cambio, cuando se le ve lanzando la antorcha incendiaria de la revolución, dirigida a lograr la independencia nacional y la aniquilación radical de los opresores españoles, entonces se tiene que reconocer de modo incontestable, que el mundo que pensaba transformar, o mejor dicho, del que tuvo la visión apasionada y decidida de desencadenar, fué un mundo terrible y despiadado, que sólo por el terror revolucionario y

popular podría negarse, superarse. En cuanto ese mundo fuera barrido por la violencia más justa y catártica, podría trazarse el nuevo régimen, construirse el nuevo Estado.

Hidalgo, en plena lucha armada, antes y después, ante la victoria o con la derrota, es decir, siempre, está atestiguado que se comportó verticalmente, nunca buscó cambiar su mundo por medio de la concesión o de la dádiva arrancadas a los poderosos, sino por medio del esfuerzo personal y de la lucha cifrada en el riesgo de la existencia misma.

La revolución que precipitó llamando y poniendo sobre las armas a todos los mexicanos sin distinción de clases, tuvo un carácter tan popular y a la vez tan efectivo, que se puede decir con absoluta veracidad, dió fisonomía distintiva a nuestra revolución de independencia y más tarde, inspiración popular a la multitud de convulsiones políticas de nuestro país.

Hidalgo entendió con seguridad que para cambiar verdaderamente su injusto mundo económico, había necesidad de destruir la opresión, porque ésta significa separar al hombre de aquello que es su propio fruto. Sólo asumiendo la soberanía se pueden destruir a fondo las instituciones que impiden disponer de la riqueza natural, aquellas que restringen las actividades productivas de la verdadera riqueza de las naciones, y esas que niegan la libertad de comercio o de trabajo profesional, mediante la cual, la actividad o sus resultados adquieren su más justo valor de cambio.

Sin embargo, sobre de aquello, el enorme valor histórico de Hidalgo está en dos hechos que le dan una talla heroica, primero, el haber concebido la revolución de independencia a fondo y basada en la sublevación de las grandes masas populares; segundo, el haber sabido encabezar el sacrificio de sus huestes insurgentes, llevando por delante la decisión de su propio sacrificio.

PEDRO ROJAS RODRÍGUEZ